



El club de los antifeministas.

V. Lauris

Publicado en *La Voz de Galicia* 23 de octubre 1947

Hace días que la Prensa mundial se ocupa de las declaraciones de Mr. Wormull. A pesar de no referirse al plan Marshall ni al conflicto de Palestina, las palabras de Mr. Wormull entran de lleno en la palpitante actualidad.

Mr. Wormull, fundador y presidente del primer club antifeminista que se ha creado en Londres, y tal vez en el mundo entero, opina que las mujeres han invadido con exceso el terreno de los derechos del hombre y que si no se las contiene, acabarán por quitarles su independencia. Según Mr. Wormull el hombre debe lograr un empleo sin que la mujer entorpezca su camino.

Al parecer estas ideas que expone el señor Wormull en Londres son compartidas hasta el extremo de haberse fundado un club que tiene por tema el "antifeminismo" en acción aunque no se especifica el número ni los propósitos que se disponen a observar como remedio a la intromisión femenina.

Esta noticia trae a la memoria por curiosa asociación de ideas el recuerdo de las primeras sufragistas inglesas reclamando el voto femenino en violentas manifestaciones que a veces terminaba disolviendo la policía. Claro que esto sucedió hace ya algún tiempo, lo suficientemente alejado para que el mundo haya evolucionado. Y en la nueva sociedad, las mujeres asaltaron la vida pública con un afán determinado de independencia que ahora el señor Wormull abomina como "falaz" e inmoral.

Lo que es indudable de este movimiento, es que nació como consecuencia de la revolución que implantaron las primeras sufragistas al reclamar el voto, así como la reforma hizo nacer la contrarreforma.

Fred Wormull sale al paso de posibles objeciones declarando que no es un misogino, es decir, que no odia a la mujer siempre que sepan mantenerse en su puesto: "Compañera si, pero no rival". La equivocación se basa principalmente en hablar a las mujeres de derechos, cuando su vida debe regirse tan solo por deberes.

Sin duda Mr. Wormull hace suya la teoría de André Gide, considerando que el papel de la mujer en la vida y en la sociedad es conservador. Sin embargo los conservadores, al menos en Inglaterra, están en un mal momento.

Del peligro que supone haber llegado al extremo de la independencia actual, que socava los cimientos firmes en que se asienta la familia cristiana, no puede achacarse toda la culpa a las "leaders" del feminismo. Es posible que aunque las primeras revolucionarias de veinte años hubieran reservado sus impetus juveniles para la conquista de un marido, en vez de desperdigarlos en manifestaciones estrafalarias los resultados hubieran sido los mismos. La guerra fue la palanca más potente que ha tenido la mujer para conquista de puestos destacados. La ausencia de los hombres dejó libre avance a su impaciencia. La mujer inglesa acreditó su capacidad como piloto, como operario de fábrica, como conductor de un camión o en el servicio de extinción



de incendios; cooperando así en la victoria final, con la misma eficacia, que el soldado en la trinchera.

Ante los ojos de la mayoría se han abierto horizontes ilimitados. Un aprendizaje tan duro no se olvida fácilmente. Es inútil que ahora Mr. Wormull, sea o no misógino, ponga, el grito en el cielo y pretenda decirles: "Vuelvan ustedes al dulce hogar para condimentar deliciosos guisos de ballena". La actividad, las ha emborrachado de ambición, como a Don Quijote la lectura de los libros de caballería. La perspectiva del sosiego hogareño se les antoja en cambio bastante aburrida. Para muchas ha sido el fin de la monotonía burguesa. Como han ganado."su" guerra pretenden ganar "su" paz. Es natural que después de probar que poseen una fuerza combativa, capacidad y resistencia que pueden equipararse con la del hombre, se resistan a abandonar sus puestos. Nada de lo que está ocurriendo carece de lógica, y aún es preciso preguntarse: ¿Tiene razón Fred Wormull en indignarse tanto?

Rasgarse las vestiduras después de una revolución y reclamar el antiguo orden de las cosas resulta tan ilusorio como pedir al río que vuelva a convertirse en fuente. Por otra parte, ha sido siempre variable y complicado, casi tanto como marcar los límites de una frontera en países balcánicos, delimitar la zona en que debe detenerse la influencia femenina. Ellas podrían argüir que también los hombres se han metido resueltamente en sus terrenos.¿Qué decir sino de un cocinero o de un sastre'?

Temo que el club de los antifeministas no sirva ni para remediar el exceso que arrastra consigo el hundimiento de los viejos prejuicios, y a pesar de las interesantes declaraciones de Mr. Wormull, termine convirtiéndose en el Club de los Incomprendidos.

La razón siempre se inclina ante los deseos de la mayoría, y parece ser que en Europa sobran muchos millones de mujeres. Conviene también recordar aquella frase que dice "Igual que los pueblos tienen el gobierno que merecen, los hombres dan con las mujeres que ellos mismos crearon".